RESEÑAS

Jean Paul Sartre, *Barioná, hijo del trueno*, 2004, Madrid, Libros Libres, 156 p.

*¿Por qué sin Cristo nada se entiende?
Porque es imposible entender la imbecilidad del mundo
si no hay quien pague por ella.*

Ricardo Garibay

Las tribulaciones de (San) Jean-Paul

Jean-Paul Sartre debe estar pasándolo mal desde que algún indiscreto tuvo la malhadada ocurrencia de desenterrar una obrita que siempre le causó comezón. El egregio ateo, joven aún pero ya renombrado en su patria, el profesor Sartre, se animó aquel frío y famélico noviembre de 1940, durante su cautiverio en el *Stalag XII-D* cercano a Tréveris, a trabajar en su primera pieza de teatro. Dos años antes había publicado *La náusea* y *El muro*; preparaba entonces *El ser y la nada*, y leía con esmero a Claudel y Bernanos.

La experiencia fue decisiva en su quehacer literario, según contó a Simone de Beauvoir: “Seguramente tengo talento como autor dramático: he escrito una escena [...] que ha resultado tan conmovedora que uno de los actores se ha echado a llorar mientras actuaba” (*Lettres au Castor et à quelques autres*, p. 656). En otra oportunidad reconocía: “Mi primera experiencia teatral fue particularmente afortunada. Mientras estaba prisionero en Alemania en 1940, escribí, puse en escena e interpreté una obra [...] que, consiguiendo esquivar la vigilancia del censor alemán por medio de símbolos sencillos, se dirigía a mis compañeros de cautiverio. En aquella ocasión, al dirigirme a mis compañeros por encima de las luces de las candilejas y hablarles desde su condición de prisioneros, les vi de repente tan realmente silenciosos

RESEÑAS

y atentos que comprendí lo que el teatro tenía que ser: un gran fenómeno colectivo y religioso” (*apud* J. Ireland, *Sartre, un art déloyal*, p. 30).

El tema, sin embargo, le acongojaría el resto de sus días, al punto de permitir sólo dos ediciones privadas de corto tiraje, no sin incluir una nota cuidadosa: “El hecho de que haya tomado el tema de la mitología del cristianismo no significa que la dirección de mi pensamiento haya cambiado ni siquiera por un momento durante el cautiverio” (p. 57).

Una mañana de noviembre, Sartre se acerca a la barraca de los sacerdotes para la sesión de lectura de *Sein und Zeit*, y le sorprende un ambiente festivo, alegre, algo inusual. Por educación, según recuerda uno de los jesuitas, le cuentan cómo los nazis habían permitido una excepción ese invierno: celebrar la navidad. Además de la ceremonia religiosa, los clérigos discuten la posibilidad de preparar un pequeño festejo artístico.

Al filósofo se le atraviesa de pronto el reto de unir el espíritu de miles de prisioneros mediante el arte: “Al ver cómo escribí un Misterio, algunos habrán podido creer que atravesé una crisis espiritual. ¡No! Me unía a los sacerdotes prisioneros del campo el mismo rechazo del nazismo. La navidad me pareció el tema capaz de conseguir la unión más amplia entre cristianos y no creyentes. Acordamos que dijera lo que quisiera. Para mí, lo importante en esa experiencia era que, como prisionero, pudiera dirigirme a los otros prisioneros y evocar nuestros problemas comunes. El texto estaba lleno de alusiones a la situación del momento, perfectamente claras para cada uno de nosotros”, explicaría años más tarde en una entrevista (Contat-Rybalka, p. 373). Manos a la obra, en sólo seis semanas redacta y corrige *Bariona ou le fils du tonnerre* (*Barioná o el hijo del trueno*), supervisa los ensayos, ultima los detalles del vestuario, cuida la coreografía.

El narrador es un hombre ciego quien, acompañado por un acordeón, se dirige al espectador a la manera del coro en las tragedias griegas. Son cuatro los personajes primarios: Lelius, procurador romano; Barioná, zelote judío, gran opositor a la ocupación romana, y jefe político en Bethsur; Sara, su mujer; y el rey mago Baltasar. Cada uno representa una actitud frente a la vida o, si se quiere, frente al acontecimiento cristiano: Lelius, incapaz de reaccionar tanto positiva como negativamente, es el burócrata apoltronado cuyo máximo temor es perder sus tibias insignias. Barioná, en cambio, es la pasión desbocada, ciega, seguidora de la libertad. Se opone a Dios porque “contra un hombre libre, ni el mismo Dios puede nada” (p. 104). Sara es el sentido común, la fe popular obediente, sumisa, no ilustrada, confiada,

sencilla. Y Baltasar, cuyo rol quiso Sartre tomar aquella Noche Buena en Tréveris, es el cristiano poseedor de esa filigrana preciosa que dan en llamar *visión sobrenatural*.

La trama abarca unas pocas horas de la primera Noche Buena. Las circunstancias están enmarcadas por lo intolerable del yugo romano. La situación económica, política y demográfica es adversa para los habitantes de Bethsur; tutelados por Barioná, sobreviven con penas. Un nuevo decreto multiplica obscenamente los tributos, imposibles de pagar. Barioná reúne al consejo de ancianos y decide convertirse en un pueblo para la muerte: prohíbe el coito para arrancar la vida de raíz; la muerte del último extinguirá el pueblo. Ésa habrá de ser la manera más valiente de resistir a los opresores, en definitiva, la única vía de escape a la situación en extremo dolorosa: “aquél de entre nosotros que engendra una nueva vida es culpable de prolongar esta agonía” (p. 77). Dramáticamente irrumpe justo en ese momento Sara, quien exulta por la novedad de su embarazo. Un duelo de esgrima antropológica acaece entonces entre los cónyuges: argumentos para abortar al niño se estrellan contra la alegría anticipada de Sara, y contra el amor por su criatura.

Mientras tanto, en alguna dehesa allende al pueblo, unos pastores cuidan su ganado a duermela. Llega a ellos un hombre tiritando de frío y, calurosos, lo acogen y le ofrecen el amparo de una fogata reanimante. Pero su frío persiste. Insólito. Acto seguido se confiesa: no es un hombre sino un ángel, y tiene frío porque el Cielo está desde hace poco cercenado: falta el Hijo, quien acaba de nacer como Hombre. El pobre ángel envidia a los pastores porque Dios no se transformó en uno de los suyos sino en bebé humano. Todos parten a Bethsur para dar aviso y, juntos, adorar al Niño.

En Bethsur empero manda Barioná. Logra disuadirlos hasta que los Reyes Magos, de paso en busca del pesebre, lo estropean todo. El pueblo sale unánime a los senderos, con Sara a la cabeza. Enfermo de desesperación, Barioná consulta al viejo hechicero. Sus dotes agoreros predicen la vida pacífica y benévola de Jesús, y también el trágico, violento desenlace de la traición del Iscariote que interrumpiría su vida. El zelote resuelve entonces, con ingenio instintivo, ahorrarle tan atroz sufrimiento y matarlo de una buena vez. Corre pues por los atajos hasta el establo. Al llegar, encuentra a la Sagrada Familia.

Sartre no ofrece ninguna explicación racional, ni grandes elucubraciones teóricas, mucho menos escauceos teológicos: Barioná se convierte de golpe,

precursor de san Pablo: si a éste le bastó la Voz, para aquél será suficiente ver (¡contemplar!) la ternura de la Madre.

Baltasar descubre en un rincón de la cueva a Barioná herido por el fuego abrasador de lo divino y le habla: “Escucha: Cristo sufrirá en la carne porque es hombre. Pero es también Dios y toda su divinidad está más allá del sufrimiento. Y nosotros, los hombres, hechos a imagen de Dios, estamos también más allá de nuestros sufrimientos en la medida en que nos parecemos a Dios [...] Tú no eres tu sufrimiento [...] Pero tú estás más allá de tu propio sufrimiento: le das forma a tu antojo”. Y añade: “¡Hasta la vista Barioná, primer discípulo de Cristo!” (p. 138-41).

La urdimbre temática de este misterio navideño es el empleo de la libertad para asumir el dolor y transformarlo en esperanza. Frente a la pesadumbre de vivir caben tantas posturas como hombres haya, pero alguien debe pagar por ella, un chivo expiatorio como querría René Girard. Barioná aprende a mirar a Cristo como el Pagador Universal. A partir de ese momento asume la protección del Niño: organiza, por ejemplo, la huida a Egipto de la Sagrada Familia y su defensa de los esbirros herodianos.

Las páginas de *Barioná* fueron además una feroz crítica a la opresión nazi. Sartre invita a sus compañeros presos a la resistencia por medio del teatro (en otras latitudes, el joven Wojtyla ensayaba algo análogo). En ese *Stalag*, los prisioneros se hermanaron con los judíos —con los perseguidos por el régimen totalitario y con los de Bethsur.

¿Qué movió a Sartre? ¿Alcanzó a ver que más allá de la ausencia de opresión está la libertad? ¿Cómo es que un niño salvó a Barioná, y una obra dramática a miles de prisioneros? En contra de “el mundo no es más que una mota de polvo que no termina nunca de caer” (p. 77), Sartre pudo haber sospechado un Sentido (*Lógos*) Redentor del dolor más íntimo. “Sartre, al menos en aquel momento, aceptó teóricamente y adjudicó prácticamente para Cristo un papel esencial en la unión de los hombres para luchar por su genuina liberación, que también en la obra, va más allá de lo político”, explicaba en una conferencia el profesor José Ángel Agejas, arqueólogo editorial, descubridor, traductor y editor de *Barioná*. Sea como fuere, eso no trasciende en el trabajo del filósofo: al año siguiente, por ejemplo, escribe *Las moscas*, donde Orestes postula una libertad típicamente sartreana y en franca oposición a la de Barioná.

A la comunidad cristiana, el Sartre nihilista, ateo y marxista le parece ahora simpático, incluso piadoso. (San) Jean-Paul se sentirá más bien atri-

bulado, imagino, por la extrapolación de un buen deseo que tuvo una noche de navidad en un campo de prisioneros.

Barioná ha causado estupor. Alguna universidad matritense representó ya esta pieza, y se comentó en la prensa. Los ejemplares de las librerías españolas se agotaron en semanas. Desde hace tres años se oían ya rumores parecidos cuando una casa editorial de Milán publicó *Bariona o il figlio del tuono*. La nueva edición de la *Pléiade* la toma ya en cuenta, según la versión a cargo de M. Rybalka.

Si es verdad, como quieren los teólogos y ascetas, que a Dios se le conoce en la vida de oración, ¿no pasma, por decir lo menos, que un ateo haya profundizado con singular agudeza en este misterio, al grado de que René Laurentin, mariólogo y especialista en la infancia de Jesucristo, haya podido reconocer: “Sartre, ateo deliberado, me ha hecho ver mejor que nadie, si exceptúo los Evangelios, el misterio de la navidad”? (p. 10).

ENRIQUE G DE LA G
Ensayista e investigador mexicano